

AMANCIO Y LA INCERTIDUMBRE MENTAL

El mundo-La Crónica de León. 4-III-2001

Javier Hernando Carrasco

Manolo Millares, reflexionaba en los años sesenta acerca de la presencia del monstruo en el arte de aquellos años, al mismo tiempo que lo representaba en sus arpilleras a través del homúnculo. Amancio habla y esculpe hoy sus antropofaunas, otra forma de lo monstruoso, estado continuamente presente de una u otra manera en la producción plástica, sin duda como síntoma de su presencia en la realidad. Las anomalías encarnadas por los monstruos de los respectivos artistas lo son en sentido figurado y por supuesto también sus naturalezas, como corresponde a dos momentos históricos tan distanciados.

Si el hombre del tiempo de Millares padecía los desajustes provocados por la sociedad represora, los sufridos por el actual son fruto de la laminación de las consciencias que de inmediato genera vaciamiento existencial, o sea, monstruosidad espiritual.

No es nueva esta preocupación del escultor leonés Amancio González por el estado de incertidumbre mental que afecta al hombre de nuestros días. Los seres imaginarios que retrata en estas antropofaunas que ahora podemos ver en la Fundación Vela-Zanetti no son sino una sutil metamorfosis de los que precedentemente plasmó "suspendidos" (de suspensiones psíquicas hablé yo mismo a propósito de ellas en una anterior reseña); incluso en términos formales los de la serie del tronco inclinado constituyen su clara continuidad.

Esta continuidad, que yo adjetivaría como coherente, muestra sin embargo un cambio significativo, sutil pero elocuente, en lo que respecta al tratamiento del objeto que ahora, y sin coartar la expresión directa de la materia, se hace más esencial y también más elegante.

Quiero decir que frente a la acentuación expresa de los gestos de las figuras, habitual de sus obras precedentes, ahora es la contundencia del volumen, de la postura adoptada por el hombre o el ser híbrido, la encargada de transmitir esa pasividad física que es pasividad mental, carencia absoluta de voluntad, entreguismo. De ahí que en todas y cada una de sus figuras y con independencia de la situación en que se hallen reine la mayor de las inercias, la calma más absoluta, indicadora de un estado de parálisis del sujeto. Un nuevo signo de cómo el artista traslada a la materia a lo inmaterial, los estados anímicos.

Interesante es así mismo en la tercera serie que podemos encontrar en el recorrido por la muestra en la casona de Villapérez, la que completa esta muestra y que yo definiría como bodegones, tanto la recreación de una obra de Chillida cuanto esas piedras, manzanas o cántaros que descansan sobre sendos troncos leñosos. Aquí la capacidad del escultor leonés para dominar la madera alcanza su máxima expresión. La piel se evidencia tersa en las frutas o en la bombilla, de precisa rugosidad en el cántaro o en las piedras. Y además se vuelven escenográficos, algo que debe hacerse extensivo al conjunto de la muestra. La contundencia recortada de los volúmenes hace que la luz acentúe determinadas partes, generando profundos dramáticos contraluces. Como los personajes, también anómalos de la

cinematografía expresionista alemana: Nosferatu, Caligari, El Golem... estos de Amancio González encarnan por encima de todo estados de ánimo; por eso como los personajes fílmicos estas esculturas no son solo cuerpos sino también poderosas sombras.